

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



El padre Jorge

Cuadernos del Archivo de la Universidad **3**

Lima, 1997

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla

René Ortiz Caballero

Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz

Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

El padre Jorge.--

Lima: PUCP. Archivo de la Universidad, 1997.

41 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 3)



Jorge Dentilhy
rector



2012-00924

Presentación

Cuadernos del Archivo de la Universidad es el título elegido por la unidad de archivo de la Universidad para una serie de publicaciones periódicas sobre su documentación. No es un simple inventario del movimiento de ingreso o egreso de piezas valiosas del patrimonio histórico de la institución, como podría pensarse a simple vista. Es en realidad un órgano de difusión del trabajo de la unidad en su labor hermenéutica de indagación, recolección, selección, clasificación y conservación de piezas auténticas y relevantes para la reconstrucción del devenir histórico de la PUCP: una institución de educación superior, la Universidad que no alcanza aún un siglo, pero que debe entrar al próximo milenio con una función social enmarcada en la misión universal del catolicismo, vía de superación y realización plena del hombre y de la humanidad. Cobra especial significado con miras al próximo siglo XXI, el recuerdo del origen mismo de la Universidad, de la intención de su fundador y de los laicos que le acompañaron.

La existencia de un archivo responde a la tensión entre el ayer y el hoy; entre lo que se soñó, el ideal planteado y el proceso de avance en su consecución. Sin duda que en la mente de los fundadores no existía una imagen clara del contexto secular que nos ofrece hoy el avance de la ciencia y la tecnología: el reto de la globalización con la informática y la cibernética en la apertura del ciberespacio y la sociedad virtual; la sociedad del conocimiento del nuevo orden mundial en lo económico, político y cultural; el cambio estructural de la familia, la sociedad, el trabajo y el valor de la vida; la revolución que vivimos en este final del violento siglo XX; pero sí presentían el reto de la evolución perenne en la naturaleza y en la sociedad, y adelantándose a la demanda, a la crisis del nuevo orden, crearon esta institución que lleva en el sello de su catolicidad, el compromiso de adecuación al servicio del hombre y de la sociedad, en su interpretación de la voluntad de Cristo

en las enseñanzas de su Iglesia.

Pienso que cuando el padre Jorge presentaba la importancia para el Perú de "buenos educadores", cuando afirmó la laicidad de la Universidad, cuando nos ofrecía ejemplo diario de humildad, serenidad, equilibrio y dignidad, sólo interpretaba con la seguridad de su fe, en las señales de esos tiempos, la voluntad del Señor que en su providencia trabaja el futuro. Siempre me he preguntado por la vida nacional sin la Pontificia Universidad Católica.

Cuando las generaciones de alumnos y exalumnos revisen en el archivo los testimonios de nuestros orígenes y del proceso lento y difícil, pero seguro, de nuestra institución, deberán contrastar los hitos de nuestros logros con los ideales de nuestros fundadores y así retomar rumbos y renovar fuerzas para defender siempre el ser de nuestra Universidad, en su anhelo de superación dentro de un marco conceptual católico y pontificio que busca en el ámbito nacional afinar el diálogo entre la fe y la cultura, en el justo equilibrio que nos lleva a la verdad y a la virtud.



Adriana Flores de Saco
Profesora Principal
Departamento Académico de Educación

*Padre Jorge **

Alfonso Tealdo

Allá por los años 30, cuando la libertad en San Marcos fue aherrojada, cuando sus claustros quedaron clausurados, ingresamos a la Universidad Católica del Perú. Y ahora, cuando acaba de cumplirse el cincuentenario de la fundación de ese Alto Centro de Estudios, es que se nos impone a la admiración y al afecto evocar a su insigne fundador, el R.P. Jorge Dintilhac.

Egresados de un colegio anglosajón, no habíamos tenido nunca trato frecuente con sacerdotes católicos y, sin ser protestantes, nuestra actitud era librepensadora y hablábamos de Renán, y sosteníamos que, en vez de llenarnos la cabeza con aristotelismo y doctrina tomista y demostraciones sobre la existencia de Dios, bastaba, para llenar un digno rol en la vida, observar con rigor el imperativo categórico de Kant. Y convertíamos en un juego de sello o cara la famosa apuesta de Pascal: "Si Dios existe lo hemos ganado todo, y si no existe no hemos perdido nada". Para el sí, 50%. Para el no, 50%. ¡Qué a la mano que el cálculo de probabilidades resolviera el problema trascendente! Y un día nos reunimos, solemnemente, confiando nuestra eternidad celeste o infernal a una breve moneda de 20 centavos. Y la lanzamos al aire. Y salió cara. Y estábamos, pues, salvados. Habíamos resuelto la duda. Y Dios existía. Y debíamos, a toda costa, ganar el cielo.

Y fue en esos años en que conocimos y tratamos al padre Jorge. No necesitamos comparaciones con otros sacerdotes para de inmediato darnos cuenta que estábamos tratando casi con la santidad. No necesitamos discutir sobre el milagro, porque ahí estaba, como una obra arrancada de lo imposible, la Universidad ideada, creada y fundada por él.

* Publicado en el diario *Expreso* (Lima: 27 oct. 1967) y en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1992, n° 22, p. 41).

Siempre disimulando bondad, con una apariencia de severo que ocultaba una infinita ternura, así era el padre Jorge.

No lo olvidaremos nunca. Un día, cuando se aproximaba la fecha del cincuentenario de la Universidad Católica de Chile, nos llamó y nos dijo si queríamos integrar la delegación. Sí queríamos, pero no podíamos. Y nos dijo que él podría... que a él le bastaría salir una mañana y pedir, extender la mano, para cubrir los gastos de nuestro viaje. Y lo hizo.

Ahora, convertido en monumento en la Plaza Francia, con la mirada fija en el primer edificio que tuvo la Universidad Católica; siempre al verlo nos estremecemos de reconocimiento y de gratitud. Nos obsequió "La imitación de Cristo", de Kempis, y en la primera página, con letra muy menuda, nos dedicó su distinción y su afecto.

La otra noche nos acercamos a su monumento y sobre sus manos de bronce pusimos nuestras manos. Y como quien menciona a Dios, dijimos, simplemente: "¡Padre Jorge!".

*Recordando al padre Jorge Dintilhac **

Gerardo Alarco

En diferentes ocasiones y en variadas circunstancias he tenido amplios encuentros con el padre Jorge Dintilhac, fundador de la Universidad Católica y rector de la misma desde sus primeros pasos en 1917 hasta el fallecimiento del padre en abril de 1947. Ya en 1930 lo había visitado varias veces por motivos apostólicos, como voy a contar enseguida. En enero de 1933 ingresé en la institución como docente y secretario de la recién fundada Facultad de Ingeniería y trabajé en ella hasta enero o febrero de 1936: interrumpí en esa época mi colaboración para salir del país e iniciar mis estudios eclesiásticos. En setiembre de 1945 regresé al Perú, ya ordenado sacerdote, y fui incorporado inmediatamente a la institución como secretario general y, desde principios del año lectivo siguiente, como profesor. Ya en el primer período, cuando aún no era miembro de la Universidad, pude formarme una idea muy rica de la personalidad del padre, la que se confirmó y enriqueció en las dos épocas siguientes. Los contactos en estas dos épocas fueron principalmente de carácter administrativo y guardo pocos recuerdos de ellos: voy a detenerme principalmente en evocar algunos hechos del primer período.

Gracias a algunos amigos que eran profesores de la Universidad Católica, César Arróspide de la Flor, José Jiménez Borja, más adelante Javier Correa que desempeñó por varios años el cargo de secretario general de la misma, tomé parte en algunas conversaciones sobre temas apostólicos que tuvieron lugar en torno de la persona del padre Jorge. Han debido iniciarse estas conversaciones hacia julio de 1930. El cambio de régimen político a fines de agosto de aquel año sacudió tremendamente a todo el país y amplió el tema de nuestras conversaciones por el

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1987, n° 12, p. 7-8).

hecho de que la Iglesia estuvo pronto seriamente amenazada, como explicaré en breve. El padre Jorge creaba en torno suyo un ambiente de simpatía propicio a la discusión inteligente de los problemas y al brote de iniciativas apostólicas.

Pronto se vieron los riesgos que tenía para la Iglesia la política del nuevo régimen. Uno de los primeros actos mayores del Gobierno fue levantar el veto que el Poder Ejecutivo había formulado años antes contra la ley del divorcio aprobada por entonces por el Congreso de la República, y poner así en vigencia la ley que parecía ya olvidada. No hubo ningún periódico que protestara en esos fines de 1930 contra tal medida. Por lo contrario, una hoja diaria llamada "Libertad" atacaba violentamente a la Iglesia y, enardecida por la promulgación de la ley del Divorcio, hacía enérgicas campañas pidiendo la separación unilateral de la Iglesia y el Estado, la expulsión del clero extranjero, la confiscación de los bienes de la Iglesia. Todo podía temerse, dada la arbitrariedad del nuevo régimen, que no estaba sometido a ningún control, el silencio que guardaba la prensa sobre asuntos religiosos, la inercia de la opinión provocada por la larga dictadura anterior. Hay que decir también que en la Iglesia se había producido una crisis de autoridad: el Arzobispo de Lima había debido alejarse del país y pronto se supo que había renunciado a su cargo.

En tan dramática situación conversamos algunos dirigentes de los movimientos juveniles de apostolado católico sobre la posibilidad de publicar un semanario que defendiera a la Iglesia. Pronto informó alguno de los dirigentes sobre nuestros propósitos al padre Jorge y nos trajo la noticia de que el padre conocía a un periodista católico que podía ponerse a la cabeza de la proyectada publicación. Era un caballero arequipeño, Juan Carguin Allison (1894-1948), que había trabajado en su ciudad natal como periodista y había dado muestras de su eficacia y competencia. Nos reunimos con él en la oficina del padre Jorge. Gracias al conocimiento que tenía el padre de todos los circunstantes, el clima de simpatía y de fervor que despertaba su presencia, nos pusimos rápidamente de acuerdo y nos pusimos a trabajar para llevar a ejecución nuestro proyecto.

El semanario salió a la luz el 25 de octubre, exactamente sesenta días después del triunfo de la revolución que derrocó al presidente Leguía. Llevaba el título un tanto singular de "Verdades": se deseaba "cantar verdades" frente a la insolencia de cierta propaganda sectaria. Sobrevivió a la circunstancia y se publicó todos los sábados durante unos treinta años.

Quiero consignar algunos datos poco conocidos sobre el semanario. En sus comienzos atacó con un tono un tanto agresivo y burlesco a la hoja "Libertad" y a su vehemente y audaz director: era una necesidad del momento, dada la enérgica campaña contra la Iglesia que llevaba a cabo y la acogida que podrían tener algunas de sus iniciativas por parte del Gobierno. Algunas dificultades tuvimos en los primeros momentos: los canillitas no querían llevarlo, temiendo que no se vendiera y perdieran ellos su dinero. Decidimos obsequiarles los ejemplares del primer número y ellos lo vocearon en ese 25 de octubre como "Verdades, en favor de los curas". Llamó la atención la imprevista iniciativa y el periódico se creó su público lector. Después de algunos números el tono se moderó, como consecuencia de que las manifestaciones de la opinión en torno de la Iglesia se habían también calmado: cabe preguntarse hasta qué punto las campañas del periódico habían concurrido a hacer reflexionar y calmar a las gentes.

Regresando al tema del padre Dintilhac, diré que había estado presente en la primera reunión, como he informado, y que no tuvo otra participación en el semanario; con su aliento había contribuido a dar un primer empuje a la publicación. Sabía crear la atmósfera en que los demás podían trabajar, pero no era una persona ávida de acción y de figuración y se retiró después de aquel decisivo empuje. En este episodio se manifiestan con claridad algunas de sus excelentes cualidades.

Fue el padre, hombre de múltiples y nobles deseos. He oído contar que propició la creación de varios grupos de carácter apostólico. Su más rica iniciativa, que iba a tener un efecto permanente, fue por cierto la creación de la Universidad Católica.

Son conocidas las grandes dificultades que tuvo que vencer, los obstinados prejuicios que se opusieron en los primeros momentos de su obra, tratando de ridiculizarla, y la gran paciencia y serenidad con que supo llevar adelante la tarea.

Es quizá menos conocida la estrechez económica que afligió durante largos años a la institución y que hizo pasar en algunos momentos grandes angustias al padre Jorge para poder pagar las modestas planillas de profesores. Estoy informado de algunas visitas que hacía a ciertos protectores de mediana fortuna que lo sacaban de apuros. Otras veces, en ocasiones de gran urgencia en que todos los recursos parecían estar agotados, recibió inesperadamente ayudas imprevistas.

No producía el padre Jorge la impresión de estar dotado de una inteligencia deslumbrante ni de una voluntad imperiosa que dominara enérgicamente las situaciones difíciles. Se veía más bien en él a un hombre de Dios, un hombre de oración sostenido en todo momento por una presencia superior. Estaba llevado por un celo tenaz que sabía persuadir con suavidad, casi sin hacerse sentir. Dejaba hablar a los demás y acogía sus iniciativas creando en torno de ellos el ambiente que les permitía expresarse y actuar. Interventía en los debates con frases cortas, expresadas con una modestia que le atraía la conformidad de todos.

Estuvo muy delicado de salud en los últimos meses de su vida y debió retirarse a la casa parroquial de Chaclacayo, a unos cuarenta kilómetros al oriente de Lima: la parroquia era regentada por los padres de la Congregación de los Sagrados Corazones, a la que él pertenecía. Yo era secretario general de la Universidad e iba con frecuencia a visitarlo y a darle cuenta de la vida de la institución, que él siguió con suma atención hasta sus últimos momentos. Falleció el 13 de abril de 1947.

*El padre Jorge **

Ernesto Alayza Grundy

Mis recuerdos del padre Jorge se remontan a mi niñez, lo conocí cuando ingresé al colegio de la Recoleta en 1923. En los años siguientes fue profesor en diversas asignaturas, de las que particularmente recuerdo la de Castellano, idioma que dominaba plenamente y sin huella de fonética francesa, y Economía Política con un moderno texto belga que completaba con disertaciones a cargo de los alumnos sobre temas de doctrina social cristiana. En varios períodos celebró la misa dominical de obligatoria asistencia para el alumnado, con la correspondiente homilía.

Terminado el colegio, la relación siguió en los trabajos de la naciente Acción Católica de la Juventud y luego, desde 1933 hasta su fallecimiento, en la relación más personal como estudiante, profesor y secretario general de la Universidad Católica.

El padre Jorge era de estatura más bien alta, de cabeza ancha cubierta en parte por cabello rubio como lo era también su barba; blanco y rosado, con ojos transparentes muy azules. Al hablar o sonreír quebraba la boca hacia el lado derecho.

Vestía siempre el hábito de su Congregación con los dos Corazones de Jesús y María bordados en el escapulario, en color y a la altura del pecho; cingulo y medias tejidas blancas; fuertes botines negros de pasador. Para la calle usaba un ligero abrigo negro cerrado desde el cuello y un sombrero rígido de fieltro como si fuera un tongo muy rebajado, con alas vueltas hacia arriba. En una sola ocasión, y contra su voluntad, usó la capa blanca que completaba el hábito en las grandes solemnidades, en este caso el acto académico realizado en el Teatro Municipal con asistencia del presidente de la República don Manuel Prado

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1987, n° 12, p. 9).

y su ministro de Educación don Pedro Oliveira al cumplirse en 1942 las bodas de plata de la fundación de la Universidad.

Era de natural timidez pero firme y determinado para alcanzar los objetivos que se proponía. El apostolado de la juventud fue sin duda la finalidad predominante de su acción, que lo llevó primero al profesorado escolar, luego a la acción social con grupos diversos de exalumnos del colegio y, finalmente, en orden de importancia, a la fundación de la Universidad Católica. La fuerza y la constancia para estas labores se fundaba en su profunda fe religiosa, que lo hacía esperar más en la Providencia que en los contingentes recursos de medios y personas. No siendo un intelectual ni una personalidad brillante que atrajera el concurso de los demás tenía el respeto de todos quienes lo trataban, y hay que considerar que a la Universidad pertenecían muy altos valores intelectuales peruanos. Tenía clara conciencia de la prioridad de la educación sobre el conocimiento para la formación de la juventud en el espíritu de la Iglesia, cuya renovación estaba ya en curso.

De esta confianza trascendente recuerdo de manera particular cómo ante la dación de una nueva ley universitaria, de la que no esperaba el trato justo y sin prejuicios del simple decreto de la creación de la Universidad Católica en 1917, el padre Jorge, una vez agotadas las gestiones, los memoriales y los argumentos jurídicos sustentando el derecho a la libre enseñanza y a la autonomía de las universidades, se dedicó durante largas horas a la oración dejando en otras manos la decisión final.

Su carácter estable correspondía a su figura humana robusta y equilibrada; su bondadosa comprensión a las necesidades económicas lo llevaba a acceder fácilmente a los pedidos de exoneración del pago de las pensiones universitarias; buscaba la comunicación con los universitarios, con quienes se mezclaba en el pequeño patio de la Recoleta que albergó a la Universidad durante muchos años. El rector era un amigo que se ganaba el aprecio y respeto de los estudiantes en el trato directo; su escritorio estaba abierto para ellos y no requerían anuncio para ser recibidos.

Amarguras y decepciones le costaron establecer una Universidad Católica de Lima, pero le fueron compensadas tanto en las Bodas de Plata ya recordadas, como en la participación corporativa de la Universidad, presidida por su bandera de colores oro y blanco y sus iniciales en azul, en el Primer Congreso Eucarístico Nacional (1935). Pocos años después vio al ya numeroso estudiantado participar, vital y orgulloso de su casa de estudios, en la Primera Olimpiada Universitaria.

El talante bondadoso, la voz tranquila, su sencillez, todo expresaba una personalidad sustentada en la vida interior y de suave irradiación que se ganó el respeto y aprecio general.

*Mi recuerdo del padre Jorge **

Mario Alzamora Valdez

Lo conocí a fines de 1932, en el pequeño patio del local de la Universidad Católica, a la que había trasladado mi matrícula, gracias a la actitud permanentemente bondadosa de su secretario, doctor Javier Correa Elías.

El padre Jorge casi siempre, con su breviario en la mano, recorría permanentemente el patio de la Universidad y se acercaba -con tímida sencillez- a los grupos de estudiantes que esperaban clase. Así lo conocí en 1932.

Supo que yo había sido profesor de Filosofía en la escuela preparatoria de San Marcos- lo fui dos años o quizás tres - y "engreído" del maestro Encinas que en una asamblea expresó que los mejores profesores de la escuela eran Heredia (Matemáticas), Ferrero (Historia) y yo (Filosofía).

Cada vez que nos encontrábamos en el patio, se acercaba y hablábamos de lo que él, en broma, llamaba "doña Filosofía". Yo andaba desorientado. Si bien es cierto que tuve maestros brillantes en San Marcos, como Iberico, bergsoniano, y Chiriboga, kantiano, carecía de orientación. El padre Jorge comenzó a hablarme de la filosofía tomista y de su auge en Francia. Me prestó los libros del cardenal Mercier de la biblioteca, después las obras de Maritain y ,sobre todo, las de Gilson, Rousselot, Ives Simon, Garrigou Lagran, Tonquedec y tantos otros maestros, de cuyos libros disfrutaba a mis anchas y con toda amplitud, desde cortar las páginas -porque nadie los leía- hasta devolverlos con gran pena. Así me fui empapando de la filosofía de Santo Tomás, hasta llegar a sus obras fundamentales.

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1987, n° 12, p. 10-11).

Cuando terminé Derecho, el padre Jorge me hizo nombrar profesor de Filosofía de la Universidad, cuya cátedra -después del antiguo profesor doctor Huidobro, a quien no conocí- estaba vacante o regida por maestros no muy versados.

Así pude publicar mis libros *Metafísica, Psicología y Lógica*, de orientación clara y definitivamente tomista, tendencia que, gracias al padre Jorge, abracé.

El padre Jorge -Luis Eugenio Dintilhac- nació en Provins, departamento de Seine et Marne, en Francia. Visité ese pequeño pueblo, atravesando unos 200 kilómetros de carretera cubierta de nieve en una oscura tarde de 1970. No pude lograr ningún dato personal, pero sí la partida de nacimiento del padre, que envié a Lima, pero hasta hoy espero el "acuse de recibo".

Después fui nombrado "Director" de la Sección de Pedagogía de la Universidad. Nombré algunos profesores, pero ciertos de ellos no eran muy católicos. Fue difícil sacarlos.

Recuerdo como anécdota curiosa que una mañana el rector y yo asistimos al local de los Hermanos de La Salle, donde funcionaba otra sección de Pedagogía. La actuación se abrió con el discurso de un joven que empezó con esta frase "Di la verdad y rájate". Felizmente se compuso después, pero a mí me descompuso. El padre Jorge se rió mucho.

Fundada por el padre Jorge, su rector nato en 1917, la Universidad Católica, que contaba ya con maestros destacados como Arenas y Loayza, Raimundo Morales de la Torre, Leonidas Madueño, en Letras, y Juan Mariano Velasco, Raúl Noriega, José Félix Aramburú, en Derecho, tenía una sorda rivalidad con San Marcos. Por ley, profesores de San Marcos -no siempre amistosos- debían integrar los jurados de grados y de exámenes finales. Pero el propósito de la Universidad se cumplía: formar cabal y cristianamente a los jóvenes.

Durante el período de clausura de San Marcos la Universidad Católica creció notablemente. Ingresaron a ella jóvenes brillantes que

se han destacado en la vida , entre centenares que repletaban su "patio", recuerdo a Vargas Llosa, a Silva Salgado -mercedísimo vocal de la Corte Suprema- a José Luis Gonzáles, a Corvetto y a tantos otros.

Fue la época del comienzo del florecimiento de la Universidad. Fui maestro de ella 27 años; lo fueron también Raúl Ferrero, César Arróspide, Ernesto Alayza, Pulgar Vidal, Pareja Paz-Soldán y tantos otros jóvenes de ese tiempo, que alternaban con Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea -a quien incorporé siendo yo decano de la Facultad de Letras-, León Barandiarán y muchos más.

El rector trascendía bondad y santidad. Siempre con la sonrisa en los labios; hasta en los momentos de angustia (económica) se mantenía sereno e igualmente sonriente. Fue -estoy seguro- la persona más humilde que he conocido, pese a su inmenso valor y a la gran obra que ha creado; esa humildad era -como dice Roque Barcia- virtud de conciencia, "entre la idea del deber y del dogma". De ese gesto permanente derivaban su modestia, su extraordinaria sencillez. Frente a cualquier problema, su tranquilidad. Este fue el padre Jorge que yo recuerdo.

*R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC. **

Andrés Carbone

Lo conocí en 1936 cuando ingresaba a la Pontificia Universidad Católica del Perú como auxiliar de la Biblioteca, luego tuve la oportunidad de tomar contacto personal diariamente, cuando pasé a ocupar el cargo de auxiliar de tesorería, bajo la dirección del Dr. Javier Correa Elías. Finalmente en reunión conjunta del padre Jorge Dintilhac SS.CC. y el doctor Correa me preguntaron si me atrevería e interesaría abrir una pequeña librería para proveer de libros a los estudiantes de la Universidad.

La impresión que me dejó el padre Jorge fue la de un hombre profundamente espiritual, aparentemente frío, poco conservador, pero con una sensibilidad extraordinaria cuando uno llegaba a un diálogo más estrecho con su persona. A eso de las 5 o 6 de la tarde lo veía todos los días recorriendo el corredor de la residencia de los padres, al costado de la iglesia de la Recoleta, rezando el rosario.

Su presencia en los claustros de la Universidad era continua, circulando entre los alumnos constante y silenciosamente, pero siempre dispuesto a escuchar a quien se le acercaba.

En las conversaciones que sostuve con él siempre me hizo hincapié en la necesidad de propagar la buena lectura a través de obras espirituales y de tendencia cristiana.

Fui testigo muchas veces de las preocupaciones del Dr. Javier Correa Elías, tesorero de la Universidad, cuando le transmitía al padre Jorge la falta de dinero y siempre con la serenidad que le caracterizaba, le infundía ánimo, terminando con la frase "Dios proveerá". Y esto me trae a la memoria un episodio que se quedó grabado en mi mente:

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima : PUCP, 1987, n° 12, p. 12-13).

Era como las 11.30 del día y el padre Jorge paseaba por el corredor anteriormente mencionado como era su costumbre, se le acerca el Dr. Javier Correa y le dice angustiado:

(Dr. Correa): Padre Jorge, estoy desesperado, no hay plata para pagar a los empleados, no veo cómo conseguirla, apenas nos quedan unos cuantos soles en el Banco que no alcanzarían ni para los conserjes. ¿Qué hago ?

El padre Jorge lo mira, se sonríe y le dice: “¿Cuánto tienes en el Banco?”.

El Dr. le contesta: “...tanto...”. (P. Jorge): “ Bien, pues sácalos ahora mismo y dáselo a los pobres”.

(Dr. Correa): “Pero padre, ¿está usted loco ?” ¿Qué vamos a hacer? ¡Usted no me ha resuelto nada !

(P. Jorge): “Ten confianza, Dios proveerá”.

Javier Correa me mira y alza los hombros como diciendo: ¿Qué hago?

Eran las 11.30 y a las 12 m. el conserje, llamado Gutarra, que traía la correspondencia del apartado, le entrega al Dr. Correa una carta que viene de París; la abre y es una misiva dirigida por el Dr. Don José de la Riva-Agüero quien le enviaba al padre Jorge para la Universidad Católica un cheque por una suma respetable en esos tiempos. Me mira el Dr. Correa y sale disparado al corredor, se acerca al padre Jorge y le dice:

— “Mire lo que nos ha llegado, con esto se han resuelto nuestros problemas”.

El padre Jorge lo mira, se sonríe y le contesta:

— “¿Ya diste lo que tenías a los pobres?”.

(Dr. Correa): “Sí padre, lo voy a hacer inmediatamente”.

(P. Jorge): "Hazlo y siempre ten fe".

Recuerdo también cómo, cuando ya la Librería Studium tenía tres años de fundada y era una librería pequeñita, en una ventana de rejas que abrimos para dar acceso a la misma, pasaba por la puerta del local todos los sábados por la mañana el padre Jorge y se paraba unos momentos en la puerta y desde allí a voz en cuello me decía: "Cómo van las cosas. ¿Todavía Studium no es la más grande librería del Perú?". No sabía entonces si lo hacía en son de burla o no. Hoy sí lo sé. Hoy veo con claridad cómo este hombre supo intuir el futuro de Studium.

Pasa también por mi mente la insistencia con que, en las frecuentes visitas que hacía a Studium, me manifestaba su honda preocupación ante el temor que determinado partido político subiera al poder, pues lo consideraba marxista y por consiguiente anticristiano, y por eso me recomendaba mucho no difundiera sus publicaciones.

Era un hombre de oración, constantemente se le veía a los pies del Sagrario en actitud humilde y de oración.

Su muerte dejó un vacío en la Universidad, que aún se siente.

*El padre Jorge Dintilhac **

Matilde Pérez Palacio

Se conmemoran setenta años florecientes de la fundación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en los que se revive el espíritu y la orientación cultural y cristiana de todos aquellos hombres y mujeres que han transcurrido por sus aulas; maestros, alumnos, rectores magníficos como los competentes funcionarios administrativos que han sido también celosos defensores de los principios que le imprimió su fundador el inolvidable y tan querido padre Jorge Dintilhac, espíritu profundamente religioso que con una fe a toda prueba logró esta obra ejemplar.

Quienes tuvimos la dicha de conocerlo personalmente y el privilegio de trabajar a su lado, transcurrido el tiempo constatamos sus excelsas virtudes, tenía un halo de paz, de paciencia, una magnanimidad que inspiraba; desde su compostura para hablar, en su andar calmo; conversaba siempre con la misma bondad con quien se le acercaba sea quien fuese su interlocutor; nos impresionaba su presencia tan tranquila que acogía a la vez con igual interés cuanto se le confiaba. El padre Jorge tenía para todo solución, los problemas apremiantes que afrontaba la Universidad como los que eran urgentes para los estudiantes y que igualmente respondía con el consejo oportuno, la frase alentadora o la ayuda eficaz, terminando siempre con una leve sonrisa.

Su personalidad incólume tuvo que afrontar reveses tremendos no sólo económicos sino de prestigio y dignidad y él siempre igual. Su empeño fue lograr la Universidad: local, catedráticos, alumnos que procurar, facultades, escuelas, institutos que dejó establecidos y su frase constante aún se escucha: la Universidad cada día debe estar mejor. ¡Qué constancia! ¡qué tesón! con menos de una decena de alumnos se fundó, hoy día más de diez mil se benefician de su enseñanza.

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1987, n° 12, p . 15-16).

La crisis del liberalismo que por entonces, año 1917, arreciaba también en el Perú, sobre todo en el ambiente cultural, amenazaba la enseñanza cristiana a todo nivel educativo, y por consiguiente no se libraron las universidades del país de esta prueba en la que muchos hombres doctos se percataron de la influencia nociva en nuestra juventud.

El padre Jorge, de nacimiento y educación francesa, con vocación docente, tuvo su primera experiencia cuando viene como religioso de la Congregación de los Sagrados Corazones a Sudamérica, destinado primeramente a Chile, donde bajo la dirección y el consejo del recordado padre Florentino Prat, le orienta hacia la formación de la juventud; posteriormente, al venir a Lima, a la Recoleta, constata que la misma evolución que experimentaban los jóvenes del sur, también se encontraba entre nosotros.

Se requería pues formar a la juventud en principios incommovibles cifrados en los altos valores del espíritu, que permitiera junto con la ilustración necesaria, proporcionarles la cultura adecuada para lograr la formación de su personalidad.

Fue ésta su preocupación dominante que la transmitió a sus alumnos desde sus clases de Filosofía, a sus amigos con una convicción que se convirtió en persuasión y de ahí a un movimiento de conciencia de ilustres personajes que fueron sus confidentes y más tarde quienes con el padre Jorge hicieron de la nada, con la misericordia de Dios, lo que es hoy nuestra querida Universidad.

Este recuerdo no puede quedar como tal, quiero terminar esta semblanza con mi testimonio, con la gratitud profunda de lo que significaron para mí los años que viví cerca del padre Jorge; primero como alumna de Belén (Colegio de los Sagrados Corazones) cuando nos enseñaba en los dos últimos años el curso de Apologética; luego como estudiante de la Universidad Católica y como secretaria primero y directora después del Instituto Femenino de Estudios Superiores, instituto que fundó y dirigió el padre Jorge los dos primeros años, continuando la señorita Beatriz Cisneros Bustamante, también exalumna de Belén, quien me llevó como secretaria y que luego me propuso como directora.

Fue con el apoyo y aliento del padre Jorge y de inolvidables amigos que sucesivamente abrimos en el Instituto, además de la Sección de Cultura Religiosa y de Estudios Superiores, con el fin de que la mujer adquiriese la cultura superior a la que recibía por entonces en los colegios, que más tarde sí se orienta de acuerdo a los requerimientos que la cultura moderna imponía; y así se constituyen los cursos de Educación y Orientación Femenina, de Educación Familiar, de Dietética y Nutrición, Técnica en la Vida Moderna; la Sección de Artes Decorativas, hoy una profesión reconocida, la Sección de Secretariados Especializados que comienza con Secretarías Ejecutivas y luego Secretarías especializadas para los estudios de abogados, ingenieros y médicos, que elevó a la mujer de una función: "la taqui-mecabilingüe", quien con dignidad y competencia es ya una profesional.

Fue también durante el Rectorado del padre Jorge, en 1945, que el Padre nos apoya en la fundación de la Escuela de Periodismo -Relaciones Públicas y Publicidad-, a la que con particular empeño y preocupación inaugura, consintiendo su independencia del Instituto, por ser la primera entidad docente que se establecía en el Perú y que desde el primer año contó con la presencia de periodistas varones, dada la calidad de la enseñanza que se impartía a cargo de experimentados profesores desde su inicio. Primera escuela del Perú y tercera en Latinoamérica, gracias a la visión de maestro del padre Jorge, quien reconoció la importancia de la comunicación y sus medios, y la importancia de la formación y capacitación de sus profesionales; contamos con su aliento, con la colaboración de tantos buenos amigos así como con competentes maestros que dieron su vida y saber para forjar veinticinco promociones.

Ahora, padre Jorge nos sigues prodigando al infinito tu bondad, tu grandeza de espíritu merced a tu generoso apostolado.

En el año 1955, pedimos que en un bronce se perennizara tu recuerdo y estás en la Plaza de la Recoleta donde comenzó tu Universidad; hoy, a los setenta años, permítenos un ruego al

Señor: que nos unamos todos los que te conocimos que tenemos grabada tu mirada bondadosa en nuestro corazón, danos la fuerza espiritual para hacer el bien a nuestros hermanos y que esta tu obra crezca cada día más.

*Semblanza del padre Jorge **

Germán Ramírez-Gastón

Mis estudios en las Facultades de Letras y Derecho están unidos a los gratos recuerdos que guardo del primer rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú y que están resumidos en el "diario" que escribía en mis años juveniles. Mi actividad como funcionario de la Universidad durante un poco más de 31 años ha mantenido en mí la presencia espiritual de su fundador, el padre Jorge Dintilhac, y con ocasión de conmemorarse ahora los setenta años de la fundación de esta casa de estudios grato es acceder al pedido de escribir una semblanza del padre Jorge.

Luis Eugenio Dintilhac (el padre Jorge) nació en Provins, Francia, el 13 de noviembre de 1872. Después de terminar sus estudios en un colegio de la Congregación de los Sagrados Corazones se fue a España para ingresar al Noviciado de Bire (en Navarra), de esta misma Congregación, en octubre de 1895. En 1897, después de haber profesado como religioso, viajó a Valparaíso y a fines de marzo de 1902 fue trasladado a nuestra capital donde completó sus estudios teológicos en la Universidad Mayor de San Marcos, culminando su vocación eclesiástica con la ordenación sacerdotal que le impuso el entonces arzobispo de Lima, monseñor Manuel Tovar.

Varios años de labor docente y espiritual ocuparon su tiempo en la Congregación de los Sagrados Corazones hasta que a fines de 1916 se percató de que la fe católica estaba debilitada y eran escasos los frutos de los colegios religiosos. "Urgía poner remedio a tan triste situación -dice textualmente el padre Jorge en sus memorias-; tan sólo existía un remedio puesto en práctica en muchos países y consistía en fundar una universidad, una universidad católica que reuniese siquiera un grupo de jóvenes... Un grupo de jóvenes

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1987, n° 12, p. 17).

debidamente instruidos y formados en un ambiente de fe y religión, no sólo podrían conservar sus creencias, sino que también podrían convertirse en defensores de los apóstoles de la religión en la sociedad, en su profesión, en todo el país."

Relatar los pormenores de la historia de la fundación de la Universidad sería un capítulo aparte de esta semblanza, pero sí es parte de ella recalcar no sólo la tenaz y constante actividad del padre Jorge para lograr su propósito sino su profunda confianza en Dios. Al comentar los problemas que tenía, tanto desde el punto de vista gubernamental vinculado con las universidades, como por las dificultades económicas, él mismo dice: "Pensé que si entraba en los designios de la Providencia, ella misma bendeciría y movería los corazones de sus fieles hijos para que supliera lo que me faltaba."

Y en otro acápite añade: "Puesta la mira en Dios y en la salvación de la juventud, y desoyendo las observaciones y los temores que muchos amigos nuestros nos presentaban fijamos el domingo 15 de abril [de 1917] como día de la inauguración".*

Los problemas económicos que se suscitaron algunos años después de la fundación de la Universidad fueron graves. En el acta del Consejo de Administración de la Universidad, de fecha 19 de abril de 1923 y que suscribió (entre otros) el mismo padre Jorge, se dice lo siguiente:

"Se acordó suspender por ahora el abono de sueldos a los profesores de Jurisprudencia, en atención a la falta de alumnos y por no poderse hacer el fuerte gasto de 10,800 soles anuales por todos ellos, lo que además acumularía un déficit no menor de 6,000 soles, lo que daría lugar a la clausura de la Universidad ". Y yo recuerdo

* El establecimiento de la Universidad con las facultades de Letras y Jurisprudencia fue aprobado por resolución suprema de 24 de marzo de 1917 e inició sus clases, con unos 10 alumnos del primer año de Letras, el martes 10 de abril del mismo año.

que a fines de la década de los años treinta, en una de las tantas oportunidades en que paseaba el rector por los patios de nuestro local de la Plaza Francia para alternar con los catedráticos y alumnos, se acercó a uno de los profesores y le dijo: "Ernesto, mañana me van a entregar una donación y ya podré pagarte los veinte soles que te debo por los últimos cuatro meses de tus clases".

El doctor Víctor Andrés Belaunde, al conmemorarse el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Universidad, en su discurso se refirió a su fundador con estas palabras: «Se unen al padre Jorge la fe del sacerdote, el corazón de un maestro y el carácter de un hombre... le bastaba la sencillez de su palabra y la más hermosa sencillez de su vida, la dedicación absoluta a su obra, su ilimitada abnegación, su tesoro de optimismo y su tenacidad inquebrantable. Quien se le acerca tiene ya el ejemplo palpitante de lo que es la fe, misteriosa iluminación interior, viva, constante, humilde y serena.»

El 13 de abril de 1947 el Señor llamó al fundador de la Universidad para premiar sus esfuerzos cimentados en su confianza en la ayuda divina. Yo lo recuerdo con afecto y agradecimiento profundos y por eso termino esta semblanza uniéndome espiritualmente a las palabras que pronunciara en el sepelio del padre Jorge, el vicerrector de la Universidad, Dr. Víctor Andrés Belaunde, el 15 de abril de 1947:

«Veo deambular su blanca silueta con paso tranquilo por nuestros patios tradicionales, irradiando simpatía, veneración y confianza. Nadie mereció como él los títulos de maestro y padre.»

*Peón de ajedrez **

Alberto Wagner de Reyna

El padre Jorge reunía en sí calidades opacas -como es generalmente lo sólido- y virtudes poco vistosas, cual suelen ser las que calan hondo. Su transitar por el gran teatro del mundo nada tenía de espectacular, y sólo quien sabía mirar por entre los telones (del alma y de la escena) lograba advertir la significación de este artesano con traza de gentil hombre, vestido de blanco talar, de aspecto al par severo y amable, con una mueca de inmovilidad en el rostro. Nada en él que pudiera impresionar, ni siquiera el hecho de haber permanecido idéntico a través de varias décadas. Lo conocí en la Peneca de la Recoleta, y era ya entonces -al comenzar los años 20- el "padre superior" del colegio. En la universidad tuve a menudo trato con él (como alumno y como profesor); y allí no era "el rector" sino simplemente el padre Jorge, la indiscutida personificación del claustro.

A lo largo de los años me fui dando cuenta de su bondad (que por discreción recataba), de su pertinaz empeño en hacer progresar a la institución que con singular audacia fundara, de su porfiada confianza en la Providencia, rayana en heroísmo ("Dios proveerá"), de su valor moral y valentía física.

Sus clases de Filosofía de la Religión, de una ortodoxia a prueba de balas, eran aburridas; sus discursos, mediocres; su conversación, sin relieve; un clérigo francés término medio, como lo fue Juan Bosco en versión italiana. Y detrás de esa fachada de adobe (pues era también muy peruano) ¡cuánto conocimiento del corazón humano! ¡cuánta intuición de la vanidad de los viejos y de la ambición de los mozos! ¡cuánta experiencia de las angustias anímicas, intelectuales y económicas de un estudiante!

* Publicado en la revista *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1987, n°12, p. 18-19).

El padre Jorge se me antoja un roble que las tempestades no logran abatir: primigenio y oscuro -por natural y auténtico-, hito en la desorientación de nuestros páramos. Sin chispa, nada intelectual, y sin embargo ¡qué personalidad! Reciedumbre bretona, humildad de catecúmeno, juicio recto y seguro, fe a todo trapo (pues era su bandera), campeón sin rival en esperanza.

Antes de partir, desde su retiro en Chaclacayo, me escribió una diminuta tarjeta de despedida, con temblorosa letra. Trivial, mas conmovedora, cual una sonrisa desamparada. Llena de generosidad y simpatía, propia de un hombre que ya se sabe en la otra orilla, que es consecuente hasta el final con los suyos, se preocupa por el porvenir de su obra y la salud espiritual de sus amigos.

Mozalbetes que éramos, a ratos no lo tomábamos del todo en serio, y nos extrañaba el respeto y afecto que le prodigaban los mayores, a veces figuras nacionales. "Peón de ajedrez" lo motejábamos sin malicia, pues "camina de frente y come de costado" (por el rictus). Intuición certera de mancebos desaprensivos: el padre Jorge era en efecto un peón del Señor en el tablero de la historia. Y muchos aprendimos así a aquilatar el tesoro que tras su pobreza en vanidad se escondía.

Eran los años turbios del treintaitantos: un numeroso grupo de estudiantes de la otra universidad invadió los claustros de la Católica. El Rector Dintilhac bajó de inmediato al exiguo primer patio de la vieja casa en la Plaza Francia, y se mezcló con los muchachos. Sin palabras ásperas, como huésped cordial pero firme, su blanca silueta se impuso. Todo quedó en nada, sin policía, sin peleas, sin secuelas.

El padre Jorge fue un hombre de Dios, en su pensar, en su actitud, en su proceder. Ante esta calidad suprema -quilate solar- empalidecen las fulguraciones estelares, quedan mudos los libros con muchos asteriscos y se olvidan los cometas que escandalizaron el firmamento. Sólida fue la piedra angular de la Universidad Católica, diamante en transparencia, sílice en

voluntad: su temple humano, ético, sobrenatural fue cifra y exponente de una vida callada pero plena, de acogedora modestia y alta dignidad sacerdotal, al esforzado, apasionado y fructífero servicio de Cristo.

Padre Jorge: ¡ruega por nosotros!

*Recuerdos del padre Jorge Dintilhac **

Javier Pulgar Vidal

Pocos años después de su fundación por el padre Jorge Dintilhac, la Universidad Católica de Lima vivió la más grave crisis de su historia: un grupo de malos alumnos se unió a otro de jóvenes contaminados por el marxismo con el propósito de desacreditar, desde adentro y desde afuera, a la naciente institución hasta conseguir su clausura, con la misérrima condición de que todos los conspirados pudieran pasar "libremente" como alumnos a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. No tuvieron éxito en su empeño, aunque forzaron a un muy breve receso de las actividades.

Fue entonces que el padre Jorge pensó en conseguir auténticos estudiantes católicos para la institución; y decidió dirigirse a sus antiguos amigos y alumnos del Seminario de San Teodoro de Huánuco, a cuya dirección colaboraron los religiosos de la Congregación de los Sagrados Corazones y, de manera personal, el mismo padre Jorge. En 1930, mi padre, el señor Francisco J. Pulgar Espinoza, recibió una carta del padre Jorge invitándolo a enviar a sus hijos a la reciente institución católica. Fue así como me presenté y pasé el subsiguiente examen de admisión en el verano de 1931. Debo decir, sin falsa modestia, que obtuve el primer puesto entre todos los aspirantes; el propio padre Jorge me honró con una calurosa felicitación personal; y se me otorgó el ingreso y los estudios libres de todo pago.

Entre los cursos figuraba el de Filosofía de la Religión, cátedra dictada por el rector. Después de la clase, nos reuníamos para analizar los argumentos utilizados por el catedrático. En una ocasión, casi al finalizar el primer año de estudios, discutíamos sobre lo expuesto en la clase; yo intervenía con decisión y entusiasmo, cuan-

* Publicado en *Sinopsis* (Lima: PUCP, 1992, n° 22, p. 40).

do se acercó el padre Jorge, me llamó aparte y me dijo textualmente: "Yo deseo que los argumentos que usted acaba de sostener en la conversación de amigos, lo haga también en la cátedra universitaria". Profundamente sorprendido, le respondí: " Para ello, padre Jorge, faltan muchos años". Inmediatamente me replicó que no era así por cuanto acababa de designarme catedrático auxiliar del curso de Filosofía de la Religión y que yo asumiría tal posición en el próximo año académico de 1932.

Así fue como el padre Jorge elevó a un alumno del primer año de la Facultad de Letras a la categoría de catedrático auxiliar. Y así fue como me inicié en la docencia universitaria y la ejercí por cerca de cincuenta años, quince de ellos en la Universidad Católica del Perú como catedrático de los diversos niveles en distintas asignaturas.

¡Gracias padre Jorge, guía y maestro inolvidable!

*El R.P. Jorge, fundador de la Católica**

Gastón Garatea, SS. CC.

Estamos celebrando en estos días los ochenta años de la Universidad Católica. En muchas partes del mundo hay universidades católicas que tienen los mismos fines que la nuestra, pero cada universidad tiene una historia, un fundador, un contexto de fundación y una presencia actual que la caracteriza y la distingue.

Es muy importante conocer el porqué de una fundación y, sobre todo, lo que pretendía el fundador o los fundadores. El R.P. Jorge Dintilhac, ss.cc., junto con el R.P. Florentino Prat, ss.cc., tuvo la intuición de fundar un centro de formación universitaria que diera al país personas honestas, académicamente bien preparadas y competentes, con una base cristiana, cultas, capaces de servir al país desde el contexto de quien tiene la misión de construir un mundo en el que se busque la comunión de todos los hombres. Era a comienzos de siglo, momentos en que el país vivía la infiltración de corrientes amenazantes no sólo para la fe, sino, para lo que se soñaba como un país que había que reconstruir después de la tragedia de la Guerra del Pacífico. El padre Jorge había tenido una corta estadía en Huaraz como profesor del seminario mayor e intentaba encontrar respuestas para hacer posible un país tan atractivo como el Perú, al que había decidido entregar su vida desde su ordenación sacerdotal en Lima.

La experiencia fundamental del padre Jorge era la de un profesor de colegio preocupado por sus alumnos y por lo que ellos harían en una tierra como la nuestra. Conocía bien a los peruanos, conocía sus necesidades, quería mucho a su iglesia, sabía de sus pobreza. Era un hombre sereno, pero al mismo tiempo preocupado y claro en la necesidad de dar respuestas efectivas a necesidades reales. No tenía ninguna otra referencia universitaria fuera de la

* Publicado en el diario *El Sol* (Lima: 11 abr. 1997, p. 4A).

de haber terminado sus estudios teológicos en la Universidad de San Marcos, pero sí tenía la compañía de un hermano de congregación, hombre de una sólida experiencia universitaria y de investigación en Francia: el padre Teófanés Calmes, ss.cc., insigne biblista al que los católicos le debemos el inicio de los estudios modernos del evangelio de San Juan. Fue consejero en el campo de la seriedad académica de la joven institución, aunque no tuvo mucha presencia, pues prefería las labores parroquiales en La Recoleta.

Fueron muchas las horas de reflexión que los religiosos de los Sagrados Corazones pasaron juntos antes de la fundación. Algunos nombres se nos vienen a la memoria: Plácido Ayala, Cosme Lorhn, Fulberto de Meringo... en algún momento también monseñor Pedro Pablo Drinot. Para todos era claro que el hombre clave para la tarea era el padre Jorge, hombre de buen sentido, culto, de buen conocimiento del país y, sobre todo, de unas ganas muy grandes de dar respuesta a lo que el mundo y la Iglesia necesitaban en el Perú. Se dedicó hasta su muerte a la obra de crear una institución abierta, de búsqueda, eclesial, servidora. La quiso libre, sin cadenas, y sin esquemas. La quiso Universidad en el sentido más amplio de la palabra.

Con mucho gusto hemos constatado que el espíritu del padre Jorge Dintilhac ss. cc. sigue vigente en la Universidad.

En la inauguración del año académico del presente año, su rector, el doctor Salomón Lerner, nos expuso cómo se sigue buscando ser una institución libre, de Iglesia que dé respuestas claras a las nuevas situaciones, con sentido de modernidad y de la tradición, pero sobre todo, con espíritu de servicio a un país con tantos problemas como el nuestro. Vale la pena festejar esta obra y, sobre todo, ayudarla a encontrar respuestas evangélicas a los problemas del país.

*La Universidad Católica y su fundador **

José Agustín de la Puente Candamo

La Pontificia Universidad Católica del Perú está celebrando su octogésimo aniversario, y en ese sentido resulta pertinente hacer un recuerdo de su fundador, ya que justamente hoy día se cumplen cincuenta años de su fallecimiento.

En efecto, el padre Jorge Dintilhac murió el 13 de abril de 1947, en la clínica "Maison de Santé". Sacerdote francés de la Congregación de los Sagrados Corazones, profesor en el Colegio de la Recoleta, hombre con vivo espíritu apostólico, fue el fundador y primer rector de la Universidad Católica.

Con el transcurrir del tiempo uno se convierte en testigo, y hay ocasiones -como ésta- en las que el testigo no debe quedar en silencio.

Conocí al padre Jorge en 1935 en el Colegio de la Recoleta, en su antiguo local de la avenida Uruguay, entre Wilson, Víctor Fajardo y Bolivia. El ambiente del edificio era grato, con unos ficus hermosos y un amplio patio para el "recreo", durante el cual debíamos hablar en francés, ante el grave riesgo del "arresto" para quien tuviera en la mano la *boule*, prueba inequívoca de haber violado la norma. En ese medio, con claridad y simpatía fue nuestro profesor de inglés y de economía política.

Poco a poco se convirtió en amigo de los estudiantes; conversaba con cordialidad, se interesaba en la vida nuestra y en la de nuestras familias; preguntaba, sin impertinencia, por el proyecto personal de sus alumnos. Así, desde nuestros años escolares conocimos la Universidad Católica -de la cual nos separaba el túnel construido debajo de la avenida Uruguay- por medio de la conversación con el padre Jorge.

* Publicado en el diario *El Comercio* (Lima: 13 abr. 1997, p. A2).

Se ha dicho en múltiples oportunidades, y hay que reiterarlo porque es muy cierto, que la característica fundamental del padre Jorge fue su fe, su visión sobrenatural de la vida, de los hombres, de la historia. Fue un sincerísimo creyente, que dedicó su existencia a la realización de su vocación de sacerdote, y a la fundación de la Universidad Católica, muestra de su empeño por la formación de la juventud dentro de los principios cristianos.

Su estatura era mediana, hablaba con voz más bien baja, con los labios inclinados hacia la derecha; caminaba lentamente y ofrecía una imagen de serenidad y sosiego. Nunca levantaba la voz, y demostraba un serio dominio personal. Su cabeza, con una precaria cabellera cana y una clara calvicie, permitía que con cariño lo llamáramos "el pelón".

Lo recuerdo en su despacho, que tenía una ventana hacia la Plaza de la Recoleta, y al cual ingresábamos los alumnos de los años treinta y cuarenta, sin anuncio y con impertinencia cordial, que él toleraba con una leve sonrisa. Solía utilizar un largo abrigo negro, que cubría el hábito crema claro de su Congregación, con el cual caminaba por los modestos y pequeños patios de esos años, siempre dispuesto a conversar con el estudiante que se le acercara. Lo recuerdo siempre tímido y modesto en las ceremonias académicas solemnes.

Especialmente, tengo memoria clara del acto conmemorativo de los veinticinco años de la Universidad Católica, en 1942, cuando la Santa Sede le otorgó la categoría de Pontificia. Con el Teatro Municipal colmado de profesores, estudiantes y amigos, luego de una bella conferencia de Víctor Andrés Belaunde sobre "La fisonomía espiritual de la Universidad Católica" y después de las palabras del Nuncio Apostólico, el padre Jorge, trémulo y abrumado por una prolongada ovación, leyó su discurso de agradecimiento con las palabras esenciales y la sobriedad de su estilo.

Este es el padre Jorge de mis recuerdos; por encima de todo, fue un varón justo, un hombre bueno, un ministro de Dios que, en

su calidad de profesor del Colegio de la Recoleta, sintió como un apostolado la necesidad de fundar una Universidad Católica, que fuera testimonio de la presencia de la Iglesia en la vida de la inteligencia, y centro de formación cristiana de la juventud.



Cortejo fúnebre que acompaña los restos del padre Jorge, el 15 de abril de 1947, al pasar por la calle Tambo de Belén .

Índice

Presentación;	
por la doctora Adriana Flores de Saco, profesora principal del Departamento Académico de Educación	5
Padre Jorge,	
por Alfonso Tealdo	7
Recordando al padre Jorge Dintilhac,	
por Gerardo Alarco	9
El padre Jorge,	
por Ernesto Alayza Grundy	13
Mi recuerdo del padre Jorge,	
por Mario Alzamora Valdez	16
R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.,	
por Andrés Carbone	19
El padre Jorge Dintilhac,	
por Matilde Pérez Palacio	22
Semblanza del padre Jorge,	
por Germán Ramírez-Gastón	26
Peón de ajedrez,	
por Alberto Wagner de Reyna	29
Recuerdos del padre Jorge Dintilhac,	
por Javier Pulgar Vidal	32
El R.P. Jorge, fundador de la Católica,	
por Gastón Garatea, SS.CC.	34
La Universidad Católica y su fundador,	
por José Agustín de la Puente Candamo	36

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Archivera

Sergio Barraza Lescano
Arturo Fernández Farro
Alumnos colaboradores

Vanessa Veintemilla Minaya
Archivera colaboradora

Johon Rodríguez Herrera
Conservador

Ejemplar N° **195**

